

Capítulo 19 - La Zorro y el Sueño - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- Capítulo 19 - La Zorro y el Sueño - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Capítulo 19 - La Zorro y el Sueño - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Las tierras de los kitsune atravesaban los límites entre el mundo físico y las tierras del ensueño. La gente de Hikari había llegado aquí tras la Sexta Catástrofe, buscando refugio seguro después de haber sido casi aniquilados primero por la Estrella Exiliada y luego por aquellos que los odiaban por el papel que desempeñaron en llamar a la criatura viles, desde las Sombras Mayores. Allí, su gente conoció a Dreamsong. La musa dragón fácilmente podría haber destruido a aquellos seres. Después de todo, era una dragona primordial, una entidad que había presenciado las glorias de la Primera Era y el terror del Dios Roto. En lugar de eso, Dreamsong los acogió bajo su ala. Los protegió, los entrenó y hizo todo lo posible por ayudarlos a sanar de los errores de la Quinta Edad. Y entonces, la madre de Hikari la traicionó y se convirtió en la Sexta Catástrofe. Incluso entonces, Dreamsong no pudo alzar la mano contra ella, pues la amaba como si fuera su propia hija. Fue tarea de otros acabar con su madre, y aunque tenían toda la razón en hacerlo, una parte de Hikari no podía evitar odiarlos. Aún Recordaba aquellos días lejanos, cuando era tan joven y creía firmemente que el mundo era un lugar lleno de esperanza, maravilla y alegría. Los hombros de su padre eran tan anchos, y las canas en su cabello lo hacían parecer más apuesto que cansado. Aquellos eran días buenos, quizás los mejores de su vida. Aquellas palacios junto al lago, con su madre, su padre y sus amigos... incluso ahora, algunos días, desearía poder volver allí y vivir eternamente en esos años dorados. Pero aquellos días ya pasaron. Su madre había elegido su camino, y otros se habían puesto en su contra. La última vez que vio a su Tío Doomwing, el poderoso dragón, éste luchaba por su vida, herido casi hasta su muerte por una lanza de metal divino que su madre había logrado obtener de alguna manera. Él destruyó la lanza y derribó a su madre, pero el esfuerzo casi le costó la vida. Su tío Marcus velaba por él, haciendo todo lo posible por curarlo. Hikari quería acudir a ellos, ofrecer ayuda, pero lo único que podía ver era la ira en la mirada del vampiro, la furia salvaje que ardía en su interior mientras agotaba su propio poder y el de su espada al máximo. No muy lejos de allí, rodeado por montañas de muertos, estaba su padre. Ella lo había visto caer, lo había visto ciego y despojado de armas, salvo sus puños. La visión de eso aún atormenta sus sueños de vez en cuando. ¿Y qué hizo ella en esa batalla final? Nada. No hizo nada. Amaba a su madre, la adoraba y la consideraba la persona más maravillosa y sorprendente del mundo entero. Ver en lo que se convirtió, las decisiones que tomó... Hikari siempre se había preguntado si había algo que ella podría haber hecho. ¿Había pasado por alto alguna señal del creciente obsesión de su madre? ¿Hubo un momento, aunque fuera fugaz, en que unas palabras hubieran sido suficientes para detenerla? No pudo traerse el valor de luchar contra ella, sin importar en qué se hubiera convertido. Sin embargo, Hikari no estuvo de acuerdo con sus acciones. Incluso cuando sus hermanos kitsune clamaban por apoyar a su madre y abandonar sus maneras traviesas pero pacíficas en favor de la guerra y la traición, ella no se unió a ellos. En su

lugar, se ocultó y huyó. Fue demasiado cobarde para detener a su madre, y no pudo soportar la idea de seguirla. En cambio, observó cómo ella destrozaba el mundo, sólo para encontrarse con una coalición dirigida por su padre y sus amigos. Al final, ambos padres murieron, muchos amigos quedaron heridos y ella sólo pudo ser testigo. La vergüenza de ello... la vergüenza absoluta e insoportable... Sus pensamientos la llevaron a lugares oscuros, hasta que, en medio de otra pesadilla, Dreamsong la alcanzó. La dragona estaba sumida en el dolor. Había visto a alguien a quien consideraba su hija morir, y temía perder también a Hikari. "Vuelve a casa", le suplicó Dreamsong. "Los kitsune te necesitan." Lo que no dijo fue cuánto ella misma necesitaba a Hikari — y cuánto Hikari necesitaba a la dragona. Así, Hikari regresó a su hogar. Al llegar, encontró las tierras de los kitsune en completo caos. Kagami había sido la líder de los kitsune, y su muerte dejó a los medios hermanos de Hikari discutiendo por el derecho a sucederla. La repulsión le invadió el alma. Su madre tuvo más de una docena de hijos, lo cual no era de extrañar considerando su avanzada edad. Solo cuatro, incluida Hikari, habían sobrevivido. Los demás habían muerto, ya fuera a su lado o luchando contra ella. Sus tres medios hermanos ya habían formado facciones y se devoraban entre sí como chacales peleando por las sobras de un león. Hikari planeaba mantenerse al margen de la disputa, pero entonces vio la locura que reflejaban los ojos de sus medios hermanos. La había visto antes, en los ojos de su madre. Hablaban de reunir fuerzas y atacar mientras el mundo aún se recuperaba. Eran pocos, sí, pero sus enemigos habían sufrido bajas enormes. La gran nación que su padre había construido empezaba a desmoronarse, mientras sus otros medios hermanos peleaban en contra de su voluntad y testamento. Entonces, Hikari tomó una decisión: no podía vivir con la culpa de fallar otra vez. Se postuló como líder y, con la ayuda y guía de Dreamsong, ganó. Sus medios hermanos tuvieron que arrodillarse y obedecerla. Era más joven que todos ellos, sí, pero la sangre que corría por sus venas era poderosa. No sabía quiénes habían sido sus padres — su madre nunca lo reveló, aunque siempre dejaba ofrendas en los aniversarios de sus muertes — pero el padre de Hikari fue Elerion el Valiente, el más grande de los reyes humanos y un héroe reconocido en todo el mundo. El poder de los kitsune se demostraba por la cantidad de colas que poseían. La madre de Hikari tenía nueve, y su poder era tal que parecía inmune al paso del tiempo. Ella no había envejecido en miles de años, y solo la muerte en combate acabó con su vida. Hikari tenía dos colas cuando su madre se enfrentó al mundo. Para cuando la madre de Hikari falleció y terminó la Sexta Edad, ya tenía tres. Durante la disputa por la sucesión, que tomó casi un siglo en resolverse, Hikari dejó que Dreamsong la entrenara aún más estrictamente que a su madre. Se convirtió en la kitsune más joven en tener cinco colas, lo que le otorgó la fuerza suficiente para hacer que sus medios hermanos se arrodillaran. Se volvieron perezosos y sobreconfidentes, seguros de que nadie podría oponerse a ellos. La nobleza de los kitsune, incluidos sus hermanos mayores y más fuertes, pereció en la última batalla de la Sexta Edad. Habían pasado aproximadamente mil años desde la muerte de su madre, y Hikari no había dejado de entrenar y buscar poder. Necesitaba ser lo suficientemente fuerte como para que nadie pudiera desafiar su liderazgo. No permitiría que se repitieran los errores del pasado. Quería que, cuando los kitsune salieran por fin de su aislamiento y volvieran al mundo, lo hicieran como una fuerza benevolente que respetase la voluntad libre y el derecho de los demás de decidir su destino. No se consideraban superiores sino socios. Cambiar esa mentalidad en los kitsune no había sido fácil y aún era un trabajo en progreso. Pero Hikari era poderosa y tenía todo el tiempo del mundo. Hace un siglo, finalmente obtuvo su novena cola. La vejez ya no le cansaba y no había ningún kitsune vivo que pudiera siquiera imaginar vencerla y desafiar su autoridad. Normalmente, Hikari solía pasar tardes como esta en la academia para jóvenes. Era más fácil enseñar a los niños que cambiar las mentes de los mayores, y ella hacía todo lo posible por hacerles entender los errores del pasado y cómo mejorar el porvenir. Muchos que se opusieron a las ideas de Hikari habían

muerto con los años por vejez. Los pocos que quedaban se habían dado cuenta de que su victoria era tan inevitable como las mareas y se habían recluso, incapaces de enfrentarse a ella pero sin poder desafiar su mandato. No le alegraba ver las nubes oscuras de amargura que los rodeaban, pues ella misma conocía muy bien esos sentimientos. Sin embargo, aquella tarde Dreamsong la convocó. Era raro que la dragona le llamara tan formalmente, y aún más raro que insistiera en una reunión inmediata. Como la mayoría de las dragones primordiales, Dreamsong no veía el tiempo como los demás. Para ella, una década y un siglo no eran muy diferentes, y solía alternar períodos de gran actividad con largos sueños de años. Al acercarse a la ornamentada puerta que marcaba uno de los lugares donde la frontera entre el mundo físico y las tierras del ensueño era especialmente delgada, los guardianes le saludaron. Uno era un anciano, otro una joven mujer. Ambos tenían tres colas. "Mi señora", le saludó el hombre. "¿La va a ver Dreamsong?" La dragona insistía en no usar títulos, pues no los necesitaba. Solo su nombre era suficiente. ¿Quién no conocía Dreamsong, hilandera de sueños, tejedora de memorias y maestra de voluntades? "Sí", asintió Hikari. "No tardaré mucho. Si me ausento más de una hora, envíen noticia al palacio. Ellos sabrán qué hacer." El tiempo en las tierras del ensueño era una idea extraña. Existía, ciertamente, pero su flujo podía ser irregular y caprichoso. Pasar más de una hora en el profundo ensueño donde residía Dreamsong era peligroso, incluso para ella. Si sucedía, sus seguidores tenían instrucciones de tocar la gran campana en el palacio, un regalo de Doomwing hecho para su madre, quien a menudo permanecía demasiado tiempo allí. Cuando se tocaba, su sonido se escuchaba incluso en el profundo ensueño, y su eco abría un camino de regreso para que Hikari volviera a las fronteras donde la tierra de los kitsune esperaba. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Para alguien con tan poca habilidad para atravesar sueños, Doomwing había demostrado ser más que diestro en crear contramedidas. Hikari respiró profundamente y atravesó el arco, entrando en las tierras del ensueño. El mundo a su alrededor desapareció, y fue inmediatamente asaltada por un muro de sensaciones, recuerdos y fantasías. Las tierras del ensueño estaban influenciadas por todos los que soñaban, y podían compararse con un mar. Corrientes de deseos podían arrastrar fácilmente a los desprevenidos, y las sombras que acechaban bajo los sueños efímeros de las personas comunes eran criaturas temibles, bestias formadas por antiguas pesadillas y terrores eternos que acechaban a todos los soñadores. Pero no todos los habitantes de esas tierras eran malvados. Existían luces brillantes de esperanza, criaturas de resplandor y gloria hechas de sueños de libertad y nobles aspiraciones. Otros eran más mundanos, agrupaciones de pensamientos y deseos rutinarios — un baúl de sueños sobre zapatos nuevos o enredaderas de ambición laboral creciendo por encima de un muro de aburrimiento estático. Hikari era la gobernante de los kitsune y no era una soñadora ingenua. Extendió su poder, y la miasma cambiante y retorcida de las tierras del ensueño delante de ella se consolidó en un camino de piedra pavimentada que le recordaba las vías confiables que su padre tanto valoraba. Avanzó, el camino extendiéndose ante ella, con muros de piedra levantándose a ambos lados para bloquear los sueños o pesadillas que luchaban por captar su atención y alimentarse de su fuerza psíquica. Más adentro, la tierra del ensueño se tornó en un lugar de niebla y sombras, donde solo los sueños más antiguos y gloriosos podían existir. Era el ensueño profundo, el subconsciente colectivo alimentado por los sueños de todas las criaturas vivientes. Aquí, se podían ver titanes del pasado, las formas colosales de los Siete Dioses que persistían mucho después de su desaparición, sostenidas por la memoria firme y las voluntades inmutables de los dragones primordiales y unos pocos más que habían habitado aquella era antigua. A lo lejos, la sombra en constante cambio de un árbol gigante cuya copa parecía abarcar toda la tierra del ensueño. Era la memoria del Árbol Madre, alimentada no solo por los dragones primordiales y sus descendientes, sino también por las Primeras Hijas, que habían heredado sus memorias. Allí, acurrucada contra el tronco de ese inmenso árbol, estaba Dreamsong — y por la

magnitud del Árbol Madre, un dragón de casi una milla de largo parecía diminuto a su lado. Hikari había conocido a varios dragones primordiales en su vida. Todos eran poderosos más allá de toda medida, pero podía decir con sinceridad que ninguno de ellos había sido tan hermoso como Dreamsong. La dragona era larga y serpenteante, mucho más delgada que Doomwing, casi etérea. Sus escamas eran un río en constante cambio de tonalidades violetas, desde el violeta brillante hasta el amatista reluciente, lavanda luminosa y añil abismal. Sus alas eran etéreas, semejantes a nubes y menos a velas, y sus ojos eran un magenta penetrante. Cuando Hikari se acercó, Dreamsong se levantó sobre sus patas traseras, curvó su largo cuello hacia ella, y en sus ojos magenta brilló en la inquietante penumbra del ensueño profundo. En respuesta, los sueños a su alrededor huyeron, dejando solo la sombra del Árbol Madre, quieta y silenciosa, pero irradiando calor y afecto. Dreamsong le había hablado a Hikari de cómo cayó el Árbol Madre, pero era revelador que en sus sueños, ella y sus compañeros dragones no viesan a su gran enemigo. En cambio, veían a madre árbol como fue antes, un árbol que había protegidoles con sus ramas cuando eran pequeños y cuyos caricias los habían consolado cuando el Dios Roto había matado a muchos de sus parientes. "¿Cómo estás?" preguntó Hikari. "...". Tardó un momento en que los ojos de Dreamsong enfocaran verdaderamente en ella en el presente. Las corrientes del ensueño profundo eran casi imposibles de leer, incluso para ella, pero Dreamsong estaba tan por encima de Hikari como Doomwing lo estaba de los magos humanos más poderosos. Ella podía vislumbrar los futuros que contenían esas corrientes y extraer pequeñas porciones de profecía de ellas, de vez en cuando. "Estoy bien." Hikari levantó una ceja. "Me llamaste." Dreamsong asintió, y la vacuidad que los rodeaba cambió. Destellos de rubí y zafiro brillaron y Hikari se dio cuenta de que la dragona le mostraba una corriente nueva, una que había surgido con fuerza en el mundo del ensueño. "Él ha despertado de nuevo, pero no creo que tenga intención de volver a dormir como antes." El "él" del que hablaba no necesitaba explicación. Solo una criatura en el mundo tenía escamas tan vibrantes de azul y rojo. "¿Qué ha hecho Doomwing?" preguntó Hikari. Dreamsong la miró, pero vio más allá de ella. "Intenta construir un imperio propio, como Marcus en el lejano norte." "¿Por qué?" Hikari preguntó en voz baja. "¿Ha... caído?" Si Doomwing caía en los mismos errores que su madre, sería un desastre. Dreamsong se rió suavemente. "No. Aburrimiento." "¿Aburrimiento?" replicó Hikari, incrédula. "¿Construye un imperio porque se aburre?" "Sí... y porque quiere superar a Marcus." A pesar de la gravedad de la situación, Hikari no pudo evitar reírse. "Esos dos idiotas," dijo, con ternura en la voz. En otro lugar, quizás habría tratado de esconder sus emociones, pero no aquí. Aquí, en el ensueño profundo, todos los deseos estaban al descubierto. Sin mirar, Hikari supo que detrás de ella estaban siluetas vaporosas de su madre, su padre y sus amigos — vestigios de aquellos breves años en que el mundo fue puro y perfecto. "Eso sería típico de ellos." "Una cortina de sombras ha emergido en el lejano norte. Creo que Marcus quiere crear un reino allí, un nuevo hogar para los vampiros en lugar del que perdieron." "¿Doomwing no destruyó las antiguas tierras vampíricas?" preguntó Hikari. Dreamsong asintió. "En su defensa, todos estuvimos de acuerdo en ello. Era la mejor opción en aquel entonces." "¿Es eso así?" En términos de poder destructivo, Doomwing quizás sea el más talentoso de los dragones primordiales, si se considera su magia. Frostfang podría haberlo hecho. El dragón de invierno rara vez salía del norte, pues podía congelar reinos enteros si no tenía cuidado. También estaba Ashheart. El dragón tectónico, el más grande de los primordiales, quizás con un tamaño y fuerza un poco mayores que Doomwing, pero también el más lento y torpe en el vuelo. Sin embargo, poseía el poder del corazón ardiente de la tierra, y Doomwing le había contado una vez cómo podía levantar montañas con su poder o desgarrar profundas grietas en el suelo, capaces de engullir reinos enteros. Sí, cada uno de los dragones primordiales podía destruir las tierras vampíricas, pero quizás solo Doomwing podía hacerlo tan rápido y con tanta contundencia. La cortina de sombras que había protegido esas

tierras se había roto como un cristal, y su magia había atravesado el aire, la tierra e incluso las aguas, desgarrando y fragmentando, dejando solo silencio y desolación absoluta. Eso ocurrió al final de la Cuarta Edad. Tardó casi toda la Quinta en que algo volviera a crecer allí, y aun ahora solo eran malezas deformes y retorcidas. Según Dreamsong, algunos duendes recientemente habían echado raíces en esas tierras, logrando algunos avances en devolver la tierra a la normalidad, aunque probablemente pasarían mil años antes de que algo valioso pudiera crecer allí sin ayuda. "La Cuarta Catástrofe fue más fuerte y más brutal de lo que imaginarías. Él aprendió a extraer fuerza de la misma tierra, atándose a las tierras vampíricas para potenciar sus poderes corruptos. Destruirlas tan completamente fue una forma clave de debilitarlo y acabar con muchos de sus seguidores." Dreamsong miraba lejos, como perdida en recuerdos. "Aunque me dolió ver cómo las tierras del ensueño se silenciaron. Los vampiros sueñan, sabes, y no todos sus sueños eran crueles." "Entonces, Doomwing está formando un imperio para sí, igual que Marcus. ¿Eso era todo lo que querías decirme?" preguntó Hikari. "El momento en que vuelvas a revelar a los kitsune al mundo está cerca." Dreamsong no le había preguntado, pero ella lo sabía igual. Después de todo, Hikari casi no había soñado otra cosa en los últimos tiempos. "Necesitarás aliados, personas que te apoyen y respalden." "¿Y tú quieres que vaya a hablar con Doomwing y Marcus?" Hikari se tensó. "Yo..." Vivió más de mil años, pero imaginar volver a verlos la hacía sentirse como una niña—una niña que había hecho algo malo y no quería enfrentarse a ello. "No sé si puedo. No estuve con ellos." "Yo tampoco", dijo Dreamsong, con una voz triste, como el mar golpeando en orillas lejanas, en acantilados y rocas rotas. "Pero si hablara con Doomwing ahora, sé que no me rechazaría." "Lo conoces desde la Primera Edad. Yo lo conocí menos de veinte años." "A pesar de cómo actúe o lo que diga, Doomwing ha tenido muchos amigos en estos años." Las escamas de Dreamsong relucían en púrpura en el crepúsculo, y por un momento, parecían estar en otro lugar, rodeada por su trastero de recuerdos y sueños convertidos en cristales. Esos recuerdos ahora eran solo ecos, momentos perdidos para siempre en el paso del tiempo. Luego, volvieron a estar junto a la sombra del Árbol Madre, y Hikari luchó por no pedirle que le mostrara los recuerdos de aquellos días felices, aunque sabía que los cristales guardaban momentos que el tiempo había borrado. "Pero casi todos sus amigos están muertos, Hikari. Creo que le alegraría mucho saber que al menos uno más de ellos vive y está bien." "Yo..." Hikari respiró profundo, muy profundo. Si quería devolver a los kitsune al mundo, en algún momento tendría que encontrarse con Doomwing y Marcus. "Lo pensaré." "Él está entrenando a alguien", dijo Dreamsong. "Una joven con ojos como los de tu padre y sueños similares. Incluso se rompió una pierna pateando su constructo por frustración." Hikari se echó a reír. Eso le recordaba a su padre, y él nunca dejó de quejarse por ello. "¿Es ella...?" "Una descendiente lejana, pero su sangre fluye con más sinceridad en ella que en muchos otros." "Como dije, lo pensaré", respondió Hikari. Se dio vuelta, pero no antes de captar una corriente de deseo que seguía a Dreamsong. "Y quizás también tú deberías abandonar este lugar por un tiempo. Hace mucho que no ves a tus compañeros." Dreamsong permaneció inmóvil un momento, y luego su cuerpo sinuoso se movió, deslizándose por el suelo como una serpiente. "Quizá el norte. Allí hay nuevos sueños de crías con corazones de hielo invernal. Sería una omisión no visitarlos al menos una vez antes de que crezcan y dejen el nido." Hikari acababa de salir de las tierras del ensueño y atravesaba el arco ornamentado cuando comprendió el significado de las palabras de Dreamsong. "¿Frostfang tiene crías?" soltó con desdén, ignorando las miradas de asombro de los dos kitsune que la custodiaban. "Suerte, Marcus. Ojalá no te den problemas."